

car, ni le juzgaréis tan fácilmente, ni os sentiréis de que él os trate ó hable de esta ú otra manera. Y así todas estas cosas habeis de notar y apuntar por faltas cuando traeis exámen de esto.

La séptima cosa de que podemos traer exámen particular en esta materia es de llevar bien todas las ocasiones que se nos ofrecieren de humildad. ¿Os soleis sentir cuando el otro os dice la palabrilla, ó cuando os mandan con resolucion y con imperio, ó cuando os parece que no hacen tanto caso de vos como de los otros? Traed exámen de llevar bien esas y las demás ocasiones que se os ofrecieren, que puedan redundar en desestima vuestra. Este es un exámen de los mas propios y provechosos que podemos traer para alcanzar la virtud de la humildad; porque fuera de irnos en esto previniendo para todo lo que se nos ofrece, y tenemos menester entre dia, podemos en este exámen ir creciendo y subiendo por aquellos tres grados que pusimos en la virtud, cap. prec. Primero podeis traer exámen de llevar todas esas cosas con paciencia, despues de llevarlas con prontitud y facilidad, hasta que no reparéis ni hagais caso de nada de eso. Despues le podeis traer de llevarlas con alegría, y holgaros en vuestro desprecio, en que dijimos consistia la perfeccion de la humildad.

Lo octavo de que puede uno traer exámen particular, así en esta materia, como en otras semejan-

tes, es de hacer algunos actos y ejercicios de humildad, ú otra virtud de que trajere exámen, así interiores como exteriores, actuándose en aquello tantas veces á la mañana, tantas á la tarde, comenzando con menos actos, y yendo añadiendo mas, hasta que vaya ganando hábito y costumbre en aquella virtud. De esta manera divididos los enemigos, y tomando á cada uno por sí, se vencerá mejor, y se alcanza mas brevemente lo que se desea.

CAPÍTULO XXIX.

Como con la humildad se puede compadecer el querer ser tenidos y estimados de los hombres.

Suélese ofrecermuchas veces una duda acerca de la humildad, cuya solucion nos importa mucho para que sepamos cómo nos habemos de haber en ello. Decimos comunmente, y es doctrina comun de los Santos, que habemos de desear ser despreciados, abatidos y tenidos en poco, y que no hagan caso de nosotros. Luego por otra parte se nos ofrece: pues ¿cómo harémos fruto en los prójimos si nos desprecian y tienen en poco? Porque para eso es menester tener autoridad con ellos, y que tengan buena opinion y estima de nosotros. Y así parece que no será malo, sino bueno, desear ser estimados y tenidos de los hombres. Es-

ta duda tratan los gloriosos santos Basilio, Gregorio y Bernardo (1); y responden muy bien á ella, y dicen que aunque es verdad que habemos de huir la honra y estimacion del mundo, por el gran peligro que hay en esto, y que cuanto es de nuestra parte, y por lo que nos toca á nosotros, siempre habemos de desear ser despreciados y tenidos en poco; pero que por algun buen fin del mayor servicio de Dios lícita y santamente se puede desear la honra y estimacion de los hombres. Y así dice san Bernardo que es verdad que cuanto es de nuestra parte habemos de querer que los otros conozcan y sientan de nosotros lo que nosotros sentimos y conocemos de nosotros mismos, para que nos tengan en lo mismo que nosotros nos tenemos: mas muchas veces, dice, no conviene que los otros sepan eso; y así podemos algunas veces lícita y santamente querer que no sepan nuestras faltas, porque no reciban de ello algun daño, y se impida en ellos algun provecho espiritual.

Pero es menester que entendamos esto bien, y que vamos en ello con tiento y con mucho espíritu; porque semejantes verdades como esta, so color de verdades, suelen hacer grande daño en algunos, por no usar bien de ellas. Los mismos Santos nos declaran bien esta doctrina, para que no tome-

(1) Basil. in regul. brevior. 185; Gregor. lib. 22 Moral. cap. 29; Bernard. serm. 42 super Cantic.

mos de ella ocasion de errar. Dice san Gregorio: *Nonnunquam etiam sancti viri de bona sua opinione gaudent; sed cum per hanc ad meliora proficere audientes pensant*: Algunas veces tambien los varones santos se huelgan de tener buena opinion y estima cerca de los hombres, pero eso es cuando ven que es medio necesario para que los prójimos se aprovechen y ayuden mas en sus almas: *Nec jam de opinione sua, sed de proximorum gaudent utilitate, quia aliud est favores querere, et aliud de defectibus exultare*. Y eso, dice san Gregorio, no es holgarse de su estima y opinion, sino del fruto y aprovechamiento de los prójimos, que es cosa muy diferente. Una cosa es amar uno la honra y estimacion humana por sí misma, y parando en ella por su propio respeto y contento, por ser grande y señalado en la opinion de los hombres, y esto es malo. Otra cosa es cuando esto se ama por algun buen fin, como por el provecho de los prójimos, y para hacer fruto en sus almas, y esto no es malo, sino bueno. Y de esta manera bien podemos nosotros desear la honra y estimacion del mundo, y que tengan buena opinion de nosotros por la mayor gloria de Dios, y por ser así necesario para la edificacion de los prójimos, y para hacer fruto en ellos; porque esto no es holgarse uno de su honra y estimacion, sino del provecho y bien de los prójimos, y de la mayor gloria de Dios. Como el que

por la salud quiere la purga que naturalmente aborrece: el querer y admitir la purga es amar la salud; así el que á la honra humana, que huye y desprecia, la quiere y admite solamente por ser en aquel caso medio necesario y provechoso para el servicio de Dios y bien de las almas, se dice con verdad que no quiere ni desea sino la gloria de Dios.

Pero veamos en qué se conocerá si se huelga uno con la honra y estimacion puramente por la gloria de Dios y provecho de los prójimos, ó si se huelga por sí mismo y por su propia honra y estima; porque esa es cosa muy delicada, y todo el punto y dificultad de este negocio consiste en ello. Á lo cual responde san Gregorio: *Qua in re necesse est, ut cum audientium utilitati non proficit, mentem nostram fama laudabilis non elevet, sed fatiget*: El holgarnos con la honra y estimacion ha de ser tan puramente por Dios, que cuando no fuere necesario para su mayor gloria y bien de los prójimos, no solo no nos habemos de holgar con ellos, sino nos ha de dar pena. De manera que nuestro corazon y deseo, quanto es de nuestra parte, siempre ha de ser inclinar á la deshonra y desprecio; y así cuando se nos ofreciere ocasion de esto, la habemos de abrazar de corazon, y holgarnos con ella, como quien ha topado con lo que deseaba. Y la honra y estimacion la habemos de desear y holgarnos con ella, sola-

mente en quanto es necesaria para la edificacion de los prójimos, y para hacer fruto en ellos, y para la mayor honra y gloria de Dios nuestro Señor. De nuestro bienaventurado Padre san Ignacio leemos, lib. 5, c. 3 de su vida, que decia, que si se dejara llevar de su fervor y deseo, se anduviera por las calles desnudo y emplumado, y lleno de lodo, para ser tenido por loco; mas la caridad y deseo que tenia de ayudar á los prójimos reprimia en él este tan grande afecto de humildad, y le decia que se tratase con la autoridad y decencia que á su oficio y persona convenia. Pero su inclinacion y deseo era ser despreciado y abatido; y siempre que se le ofrecia ocasion de humillarse la abrazaba, y aun la buscaba muy de veras. Pues en esto se conocerá si os holgais vos con la autoridad y estimacion por el bien de las almas y gloria de Dios, ó por vos mismo, y por vuestra propia honra y autoridad: si cuando se os ofrece la ocasion de humildad y desprecio la abrazais muy de veras y de corazon, y os holgais con ella, entonces es buena señal, que cuando os sucede bien el sermon ó el negocio, y por eso sois tenido y estimado, que no os holgais por vuestra honra y estima, sino que puramente por la gloria de Dios y provecho de los prójimos que se sigue de ahí. Pero si cuando se os ofrece la ocasion de humildad y de ser tenido en poco la rehusais y no la llevais

bien; y si cuando no es necesario para el provecho de los prójimos, con todo eso os holgais con la estimacion y alabanza de los hombres, y la procurais, eso es señal que tambien en lo demás os holgais por lo que toca á vos, y por vuestra honra y estimacion, y no puramente por la gloria de Dios y provecho de los prójimos.

De manera que la honra y estimacion de los hombres es verdad que no es mala, sino buena, si usamos bien de ella, y así lícita y santamente se puede desear: como cuando el Padre san Francisco Javier, l. 4, c. 10 de su vida, fué al rey de Bungo con grande acompañamiento y autoridad. Y aun alabarse uno á sí mismo puede ser bueno y santo, si se hace como se debe: como vemos que san Pablo, escribiendo á los de Corinto, c. iv, v. 11, 12, se comienza á alabar y contar grandezas de sí, refiriendo grandes mercedes que Nuestro Señor le habia hecho, diciendo que habia trabajado mas que los demás Apóstoles; y comienza á contar las revelaciones y arrebatamientos que habia tenido hasta el tercero cielo: mas esto hacia él porque entonces convenia y era menester para la honra de Dios y para el provecho de los prójimos á quien escribia, para que así le tuviesen y estimasen por Apóstol de Cristo, I *ad Cor.* xv, v. 9, y recibiesen su doctrina, y se aprovechasen de ella. Y decia estas cosas de sí con un corazon no solo

despreciador de la honra, sino amador del desprecio y deshonra por Jesucristo; porque cuando no era necesario para el bien de los prójimos, muy bien se sabia él apocar y abatir, diciendo de sí que no era digno de llamarse Apóstol, I *ad Tim.* i, v. 15, porque persiguió la Iglesia de Dios, y llamándose blasfemo y abortivo, y el mayor de los pecadores; y cuando se le ofrecian deshonras y menosprecios, ese era su contento y regocijo. De estos tales corazones bien se puede fiar que reciban honra, y que digan ellos algunas veces cosas que aprovechen para tenerla; porque nunca harán estas cosas, sino cuando fuere necesario para la mayor gloria de Dios; y entonces lo hacen tan sin pegárseles nada de ello, como si no lo hiciesen, porque no aman su propia honra, sino la honra de Dios y el bien de las almas.

Pero porque es muy dificultoso recibir la honra, y no ensoberberse ni tomar en ella algun vano contentamiento ó complacencia, por eso los Santos temiendo el peligro grande que hay en la honra y estimacion, y en las dignidades y puestos altos, huian quanto podian de todo eso, y se iban á donde no fuesen conocidos ni estimados, y procuraban ocuparse en oficios bajos y despreciados; porque veian que aquello les ayudaba mas á su aprovechamiento, y á conservarse en humildad, y que era camino mas seguro para ellos. Decia san

Francisco, I p. lib. 1, c. 7 de su Crón., una razon buena: No soy religioso si no tomo con la misma alegría de rostro y alma la deshonra que la honra; porque si me alegro en la honra que otros me dan por su provecho cuando predico, ó les hago otras buenas obras, donde pongo el alma á riesgo y peligro de vanidad, mucho mas me debo alegrar de mi provecho y de la salud de mi alma, que tengo mas segura cuando me vituperan. Claro está que estamos mas obligados á holgarnos de nuestro bien y provecho que del bien y provecho de nuestros prójimos, porque la caridad bien ordenada de sí mismo ha de comenzar. Pues si os holgais del provecho del prójimo cuando el sermón ó el negocio os salió bien, ó sois alabado y estimado por ello; ¿por qué no os holgais de vuestro provecho cuando haciendo vos lo que es de vuestra parte sois tenido en poco? Porque eso es mejor y mas seguro para vos. Si os holgais cuando teneis gran talento para hacer grandes cosas por el bien de los otros, ¿por qué cuando Dios no os dió talento para esas cosas no os holgais por vuestro provecho y por vuestra humildad? Si os holgais cuando teneis mucha salud y fuerzas para trabajar para otros por el provecho de ellos, ¿por qué no os holgais cuando Dios quiere que esteis enfermo y flaco, y que no seais para nada, sino que esteis arrinconado é inútil? Porque ese es vuestro

provecho, y eso os ayudará mas á ser humilde, y en eso agradeceréis mas á Dios que si fuérais gran predicador, pues él lo quiere así.

De donde se verá cuán engañados andan los que tienen puestos los ojos en la honra y estimacion del mundo, so color de que eso es menester para hacer fruto en los prójimos; y con ese título desean los oficios honrosos y los puestos altos, y todo lo que dice autoridad, y huyen de lo bajo y humilde, pareciéndoles que con eso se desautorizan. Y hay en eso otro engaño muy grande, que con lo que uno piensa que gana autoridad, la pierde; y con lo que piensa que la perderá, la ganará. Algunos piensan que con el vestido pobre, y oficio y ejercicio bajo y humilde, perderán la opinion y estima necesaria para hacer fruto en los prójimos, y engañales su soberbia; que antes con eso la ganaréis, y con lo contrario que vos procurais la perderéis. Enseñaba esto muy bien nuestro bienaventurado Padre san Ignacio: decia, l. 5, c. 3 de su vida, que ayudaba mas á la conversion de las almas el afecto de verdadera humildad, que el mostrar autoridad que tenga algun resabio y olor de mundo. Y así lo practicaba él, no solo en sí, sino en los que enviaba á trabajar á la viña del Señor; de tal manera les enseñaba que para salir con las cosas arduas y grandes siempre procurasen hacer el camino

por la humildad y desprecio de sí mismos; porque entonces estaria la obra bien segura, si estuviese bien fundada sobre esta humildad, y porque ese es el camino por donde suele el Señor obrar cosas grandes. Y conforme á esto, cuando envió á los Padres san Francisco Javier y Simon Rodriguez á Portugal, les ordenó que llegados á aquel reino pidiesen limosna, y que con la pobreza y menosprecio de sí abriesen la puerta para todo lo demás. Y á los PP. Salmeron y Pascasio, cuando fueron á Hibernia por nuncios apostólicos, tambien les ordenó que enseñasen la doctrina cristiana á los niños y á la gente ruda. Y al mismo P. Salmeron y al P. Maestro Lainez, cuando la primera vez fueron al concilio de Trento, enviados del papa Paulo III por teólogos de Su Santidad, la instruccion que les dió fue, que antes de decir su parecer en el Concilio se fuesen al hospital y sirviesen en él á los pobres enfermos, y enseñasen á los niños los principios de nuestra santa fe; y que despues de haber echado estas raíces pasasen adelante, y dijese su parecer en el Concilio, porque así seria de fruto y provecho, como sabemos que lo fue por la misericordia del Señor. ¿Y andarémosnos mirando, temiendo y tanteando con nuestras prudencias humanas si se pierde autoridad por estas cosas? Que no hayais miedo que se desautorice el púlpito por

ir á enseñar la doctrina ni por hacer pláticas en las plazas, hospitales y cárceles. No hayais miedo que perdais crédito con la gente grave, porque os vean confesar á los pobrecitos, porque os vean vestido como religioso pobre; antes con eso ganaréis autoridad, y cobraréis mas crédito y reputacion, y haréis mas fruto en las almas, porque á los humildes levanta Dios, y por esos suele él obrar grandes cosas.

Y dejando aparte esta razon, que es la principal, llevándolo por via de prudencia y razon humana, no podeis poner medio mas eficaz para ganar autoridad y opinion con los prójimos, y para hacer mucho fruto en las almas, que usar estas cosas que parecen bajas y humildes; y tanto mas, cuanto mayores fueren vuestras partes. La razon de esto es, porque es tanto en lo que el mundo tiene la honra y estimacion y las cosas altas, que de lo que mas se admiran los de él es de ver que eso se desprecie, y que el que podia entender en cosas altas y honrosas se ocupa en cosas bajas y humildes; y así cobran grande opinion y estima de santidad de los tales, y reciben su doctrina como venida del cielo.

Del Padre san Francisco Javier leemos en su vida, l. 1, c. 12, que habiéndose de embarcar para la India, y no queriendo recibir ninguna provision para su navegacion, instándole mucho el Conde de Castañeda, que tenia entonces oficio

de proveedor de las armadas para aquellas partes, que á lo menos llevase un criado que le sirviese en la mar, diciéndole que se disminuiría su crédito y autoridad para con la gente á quien habia de enseñar, si le viesen en la mar con los demás lavar sus paños al borde de la nao, y guisar su comida, el Padre san Francisco le representó: Señor Conde, el procurar adquirir crédito y autoridad por ese medio que vuestra señoría dice, ha traído á la Iglesia de Dios y á sus prelados al estado en que ahora está. El medio por donde se ha de adquirir el crédito y autoridad es lavando esas cosillas y guisando la olla sin tener necesidad de nadie, y con todo eso, procurando emplearse en el servicio de las almas de los prójimos. Quedó con esta respuesta el Conde tan atajado y tan edificado, que no supo qué responder. De esta manera, y con esta humildad y verdad, se ha de adquirir la autoridad, y de esa manera se hace mas fruto. Y así vemos que hizo tanto el Padre san Francisco Javier en esas Indias con enseñar la doctrina á los niños, y andar tañendo la campanilla de noche á las ánimas del purgatorio, y sirviendo y consolando á los enfermos, y con otros oficios bajos y humildes. De esa manera vino á tener tanta autoridad y reputacion, que robaba y atraía á sí los corazones de todos, y le llamaban el Padre santo. Esta es la autoridad que es menester para hacer

fruto en las almas: estima y opinion de humildes, estima y opinion de santos y de predicadores evangélicos. Y así esta es la que nosotros habemos de procurar; que esas otras autoridades y puntos que tienen resabio y olor de mundo antes dañan y desedifican mucho á los prójimos, así á los de fuera como á los de dentro.

Sobre aquellas palabras de san Juan: *Ego autem non quero gloriam meam; est qui querat, et judicet*: Yo no busco mi gloria, mi Padre tiene cuenta con eso; dice muy bien un Doctor: Pues si nuestro Padre celestial busca y procura nuestra gloria y nuestra honra, no es menester que nosotros tengamos cuidado de eso. Tenedlo vos de humillaros, y de ser el que debeis; y el de vuestra estima y autoridad para hacer mas fruto en los prójimos dejadlo á Dios, que por donde vos mas os humillais y bajais, por ahí os levantará él mas con otra estima muy diferente de la que vos podríais alcanzar por esos otros medios y prudencias humanas.

Y no se os ponga tampoco delante la honra y autoridad de la Religion, que es otra solapa que se nos suele algunas veces ofrecer para colorear nuestra imperfeccion é inmortificacion. ¡Oh que no lo hago yo por mí, sino por la autoridad de la Religion, que es razon se le tenga respeto! Dejaos de esos respetos, que la Religion tambien ganará mas en que os vean á vos humilde; por que en eso consiste la autoridad y

estima de la Religion, en que sus religiosos sean humildes y mortificados, y estén muy deshechos de todo lo que tiene sabor y olor de mundo.

El P. Mafeo, en la Historia de las Indias, l. 14, pag. 277 y 280, cuenta, que predicando uno de los nuestros en el Japon la fe de Cristo nuestro Redentor en una calle pública de Firando, un gentil de aquellos que acaso pasaba por allí hizo burla de él y de lo que predicaba, y arranca un flemon muy grande, y escúpesele en el rostro. El predicador sacó su pañuelo y limpióse sin mostrar turbacion alguna y sin responder palabra, y prosiguió su sermón con el mismo tenor y semblante, como si no hubiera pasado nada. Uno de los que estaban oyendo notó mucho aquello, y viendo la paciencia y humildad grande del predicador, comenzó á pensar entre sí: No es posible que doctrina que enseña tanta paciencia, tanta humildad y constancia de ánimo no sea del cielo; cosa de Dios debe de ser esta; lo cual le hizo tanta fuerza, que bastó para convertirle, y así se fué tras él en acabando de predicar, y le pidió que le instruyese en la fe y le bautizase.

CAPÍTULO XXX.

Del tercer grado de humildad.

El tercer grado de humildad es cuando uno teniendo grandes virtudes y dones de Dios, y estando en grande honra y estimacion,

no se ensoberbece en nada, ni se atribuye á sí cosa alguna, sino todo lo refiere y atribuye á su misma fuente, que es Dios, del cual procede todo bien y todo don perfecto. Este tercer grado de humildad, dice san Buenaventura (1), es de grandes y perfectos varones, que cuanto mayores son, tanto mas se humillan en todo. Que uno, siendo malo é imperfecto, se conozca y estime por tal, no es mucho: bueno es, y de loar es; pero no es de maravillar, como no lo es que el hijo del labrador no quiera ser tenido por hijo del rey, y que el pobre se tenga por pobre, y el enfermo por enfermo, y que quieran ser tenidos por tales de los demás; pero que el rico se haga pobre, y el grande se apoque y conforme con los bajos, haciéndose pequeño, esto es de maravillar. Pues así, dice el Santo (2), no es de maravillar que siendo uno malo é imperfecto se tenga por malo é imperfecto, antes lo es que, siendo tal, se tenga por bueno y por perfecto: como si estando lleno de lepra se tuviese por sano; pero que el que es muy aventajado en virtud, y tiene muchos dones de Dios, y es verdaderamente grande ante su divino acatamiento, se tenga por pequeño, esa es humildad grande y de maravillar, dice san Bernardo, serm. 13 sup. Cant.: *Magna, et rara virtus profecto est, cum magna opereris, magnum te nescire;*

(1) Bonav. proc. 6 relig. cap. 22.

(2) Idem dicit Bernard. serm. 45 super Cantic.